

Un destello deslumbrante como un anuncio de publicidad interestelar, allí en medio del océano, en la noche de verano, al final de la noche del final del verano, el destello seco de las brasas de un cigarro. Las brasas se inflaman, luego se apagan, vuelven a encenderse con fuerza en la proa de la zodiac. Fuma y habla a la vez, sola. Después llama a alguien por el móvil. Al cabo de unos minutos arroja el cigarrillo al agua. Se hunde con una crepitación. Justo bajo la Boreal. Hay un reflejo verde lima sobre el mar de ácido, son las cinco de la madrugada, esa hora muy chungu de peaje al otro lado.

Un cielo electrónico.

Las letras: rojas. Cuadradas: Benidorm.

Ahora que amanece todo sigue en su sitio. La luna llena sigue en su sitio, transparente, porosa, de cal. La zodiac se acerca despacio a la playa de Finestrat como un marrajo inspeccionando la superficie del mar. Michela está de pie en la proa. Tiene esa cara de quien no ha dormido nada para despertar al mundo, húmeda y fría, su cara de siempre, el pelo tieso y duro de sal. Cuando llega a la orilla apaga el motor, salta al agua, arrastra la zodiac unos metros y la deja

caer ahí mismo en la arena. Lleva vaqueros, la parte de arriba de un bikini de punto y las botas colgadas del cuello por los cordones. Avanza por la playa plana. Pasa junto a una pareja durmiendo la mona, un perro que hurga entre bolsas del Lidl, los restos de una fogata apagada con cerveza. Se dirige al chiringuito de donde viene la música. La música es algo de C. Tangana y suena en estéreo desde unos altavoces de plástico malo colgados sobre las cabezas de un matrimonio que desayuna con cerveza mientras lee *The Sun*. Chanclas, calcetines de tenis, el tabloide y un sello de oro amarillo en el meñique, él. Ella está en una silla de ruedas, los tobillos como cerillas, la raya del ojo color esmeralda, haciendo fotos del amanecer con el teléfono móvil.

—Ni fotos ni vídeos, señora —le dice Michela. Michela habla inglés con acento del este de Londres, un cockney imposible de pronunciar a no ser que se haya nacido en el mismo Hackney.

—¿Y usted quién es?

—¿Dónde está Martin? —pregunta Michela al camarero.

Las sillas del chiringuito están aún colocadas encima de las mesas, salvo la de los ingleses. Huele a fritura, a café, a aceite bronceador.

—Martin se ha pillado unos días libres. —El camarero habla con el mismo acento que Michela aunque no haya puesto un pie en Londres en su vida, ni fuera de Benidorm tampoco.

—Pues entonces nos vamos de fiesta tú y yo. Es su cumpleaños —le dice a la inglesa.

—Feliz cumpleaños —dice la inglesa. Y le tira una foto.

—No es mi cumpleaños. Estoy trabajando. ¿Quieren algo más? —les pregunta a los ingleses.

—Que os calléis —dice él.

—Te voy a dar una sorpresa —le dice Michela al camarero.

—No me gustan las sorpresas.

Michela se echa a reír:

—Quién lo dice.

—Lo digo yo —dice el inglés.

Michela coge una silla y se sienta frente al mar.

—Ponme un café. ¿Y adónde se ha ido? Llevo tres días buscándolo.

—No tengo ni la menor idea —dice bajando las sillas de una mesa. Lleva delantal de chica—. A mí me dejáis en paz con vuestras movidas.

—Hoy no es día de andar perdiendo el tiempo —dice Michela—. No es día de andar perdiendo el tiempo nunca, y menos aquí, aquí todo el mundo va como si tuviera todo el tiempo del mundo y luego no hacen nada, ponerse morenos y ponerse ciegos y comer, no se enteran de que no hay más que eso, que tiempo, eso de que si no usas la cabeza otro lo hará por ti es una mierda soberana, lo que hay que hacer es poner el tiempo del otro a tus necesidades, a tu señora gana. Usarlo, tenerlo, y luego ya veremos.

—Yo morena no me pongo.

—Aquí, ahora, son tiempos blandos, no pasa nada, nadie quiere nada, y eso es lo peor que puede pasar. La tontería y el aburrimiento. Las sobras, las colillas. Y este sol de mierda.

—¿Quién habla de aburrimiento? —pregunta la inglesa. Lleva un vestido con girasoles aunque debe de tener setenta años cumplidos—. Esto es lo más divertido del mundo.

—También los rusos dicen que esto es divertido —dice su marido leyendo el periódico—. Lo dice aquí.

—¿Qué rusos?

—Los que han comprado la casa grande de Terra Mítica —dice sonriendo. Tiene una dentadura nueva—. Van a dar una fiesta de bienvenida.

El camarero se dirige a la máquina de café. Prepara uno negro, espeso, sin azúcar. Cuando se vuelve Michela ya no

está. Ha dejado el tabaco en la silla y ha vuelto a la orilla, se ha subido a la zodiac. Michela tira del arranque del motor, una, dos, tres, arranca, da un par de giros en trompo a unos metros de la orilla hasta que se estabiliza. Luego pone la proa hacia el horizonte. El inglés pide la tercera pinta de la mañana.

—Tu camello es una pieza de cuidado —le dice el inglés al camarero.

—No es mi camello.

—Cómo que no. Te he visto darle un sobre por debajo de la mesa.

El camarero se sienta en una de las mesas y da un sorbo al café. Luego tira el vaso de papel al suelo, escucha las olas efervescentes rompiendo en la orilla. Enciende un cigarrillo.

—No es mi camello. Esa es Michela. Esa es policía nacional.

Michela acelera, se queda de pie en la proa, se aleja dejando un fuerte olor a gasóleo y una estela de espuma batida cada vez más estrecha, una raya de farla que desaparece mar adentro como una autopista líquida, estrecha, ligera, directa hacia la luna caliente. Velocidad profunda. Domingo.

Benidorm. Cultura barata. Cultura de playa. Gente que habla tres idiomas sin tener el bachillerato, paquis, belgas, gin-tonics aguados, gays. Libros de Tom Clancy de segunda mano, hinchados por la humedad, crujientes de arena, arena en la almohada, arena en la paella, en el tanga, en la ducha, desayunos de salchicha y bacon a cualquier hora del día, masajes tailandeses a cualquier hora del día, chicharras de noche. Vomitonas, meadas contra las tapias y canciones de Tom Jones. Melanomas, cistitis, diarreas universales. Clamidias. Y el mar como el desierto de Levante, del Oeste, de Las Vegas, las sombras de los rascacielos sobre la playa, cada vez más altas, sombras kilométricas que se adentran sobre la superficie del mar tibio a las diez de la noche, mientras las familias cenan pollo frito en la orilla, Godzillas de acero mediterráneo sobre la arena fría del amanecer.

Martin vive en un Airbnb. En una habitación de nueve euros la noche en un chalet del Rincón de Loix, detrás de la fila interminable de restaurantes chinos de nueve euros el menú del día. La habitación tiene dos camas, una la usa para dormir y la otra a modo de mesa donde come, compone sus temas y deja sus cosas. Tampoco tiene tantas. Camisetas sucias y cómics de Alan Moore. En la pared hay una fotografía clavada con una chincheta, una postal de unas nubes

blancas y compactas y unos bloques de hielo flotando en el océano gris justo debajo de cada una como si fueran los reflejos exactos de esas nubes. La postal es de Canadá. Lo pone debajo. Canadá. También hay un cartel de los White Stripes.

—Dónde cojones estás —gruñe Michela.

Abre el cajón de la mesa de noche, forrado de aironfix de flores. Vacío. Hormigas. Hay un solo enchufe en la habitación, y si Martin quiere encender el calentador del agua con la que se lava o cargar el móvil tiene que desenchufar la lámpara y hacerlo a oscuras. El cargador del móvil está enchufado en la pared. Así que Martin no se ha ido a ninguna parte, o no habrá ido muy lejos, y casi seguro está en Benidorm. Pero dónde. Michela coge un vaquero de encima de la cama y registra los bolsillos. Encuentra un ticket de compra de la rotisería Multipollo de la estación de autobuses. Mira la fecha. Es de las 11:47. Las 11:47 de esa misma mañana.

—Martin no está y no sé cuándo va a volver —le contesta Oliver.

Oliver es uno de sus soplones preferidos, un quinceañero de sudadera y capucha que se cree mucho más listo de lo que realmente es, aunque Michela no piensa decírselo porque toda esa tontería de estar de vuelta de todo le conviene. Está sentado en uno de los cuatro sillones de masaje, esos sillones negros como de piloto de pruebas que nunca funcionan, al final del pasillo del centro comercial de la estación de autobuses. Entra luz muy fuerte, polvorienta, por el lucernario del patio central.

—Le vas a decir que me conteste el móvil o que no vuelva a poner un pie en Benidorm.

—Se ha pillado tres días libres, ya está. —Hoy Oliver lleva una ceja rasurada. Lo habrá visto en Netflix.

—Que me coja el móvil, me oyes, cretino.

Oliver se mete las manos en la marsupia de la sudadera y ahí mismo se rasca la entrepierna.

—No te pongas cursi, que no te pega nada.

Michela coloca las manos en el respaldo del sillón y acerca su cara a la de Oliver:

—Llámalo ahora mismo. Delante de mí.

—Me han robado el móvil —se ríe Oliver.

—No te pases.

Oliver levanta los brazos como diciendo «tú misma». Michela lo cachea y es cierto, no lo lleva ni en la sudadera ni en los vaqueros. Por no tener no tiene ni llaves de casa. Se aparta.

—Hablas con él y le dices que me llame o vaya a mi casa. Hoy. Esta noche. Muévete o te saco a patadas.

Oliver le dice que vale con la cabeza, se levanta de mala gana y se va pasillo abajo, arrastrando las chanclas, saliendo por la rotisería, donde una docena de pollos giran lentamente ensartados por el culo, quemados, tiesos, bien muertos y sin cabeza.

El mar de día y el mar de noche. El cielo color Fanta de día y la Vía Láctea, Venus, las constelaciones como bucles de autopistas y mapas de carreteras perdidas contra el negro más profundo, de madrugada. Mar adentro, a unos tres kilómetros de la costa, apenas se ve Benidorm a no ser por alguna luz de los rascacielos más altos, destellos que aparecen y desaparecen detrás de las olas felinas y lentas, de caza furtiva. Han terminado la carrera hace apenas unos minutos y ya han apagado los motores. La carrera de motos náuticas de esta noche ha sido más rápida que de costumbre, la ha ganado un italiano, un empresario milanés de poco más de veinte años que no se quita el traje de neopreno ni para salir en las portadas de las revistas, y ahora se han reunido los siete competidores alrededor de la lancha de Michela, cada uno de pie en su moto. Unos fuman, otros miran el móvil mientras beben de lata, una chica se ha tirado al agua sin bañador pero con una bonita borrachera. El italiano cuenta la apuesta que acaba de ganar y que no necesita para absolutamente nada. El dinero viene en un rollo bien apretado con una goma de pelo, muchos billetes más que si las carreras de motos náuticas fueran legales, en abierto, igual que todo lo que se hace a escondidas sale por una clavada aunque luego eso por lo que pagas un riñón no sea ni mucho

menos para tanto. Michela está sentada en la parte de atrás de la lancha, en lo más oscuro, donde nadie la ve, vigilando que todo esté en orden y que ninguno de estos niños venidos desde Ibiza o Marsella se ponga tonto por haber perdido y le eche a perder el tinglado que tiene montado desde hace cinco veranos. Se lleva un quince por ciento. Podría llevarse mucho más pero no lo necesita. En realidad lo hace porque se entera de mil movidas, trapicheos, quién hace qué a quién. Los chicos de Ibiza están hablando de pillar 2C-B para la fiesta de los rusos, se están riendo sin parar, como si estuvieran ya puestos, y probablemente sea así. Uno se tira al agua y empieza a nadar alejándose de las motos. Está cantando «Azzurro». Cuando llega a unos cien metros empieza a gritar pidiendo ayuda. Nadie le hace caso, pasan de él, de ese que no ha sabido calcular el minuto de subidón de adrenalina que necesitan tres veces cada hora por lo menos. Michela recibe un mensaje. Es de Martin.

Qué quieres. Eso es todo lo que ha escrito.

Unos rusos que dan una fiesta están buscando grupo de música, escribe ella.

Cuándo nos vemos.

Mañana por la tarde en mi casa.

OK.

Michela. Michela McKay. La puerta estaba abierta al pasillo del ascensor pero el apartamento se encontraba a oscuras. No encendió la luz al entrar. Había oído el aviso de la comisaría por la radio del coche patrulla, una llamada por unos golpes en un apartamento de Playa Poniente, mientras Vilches, su compañero, estaba comprando tabaco. Cuando volvió no le dijo nada del aviso porque quería subir sola, por su cuenta, sin Vilches y su cara de boniato. Así que subió los doce pisos en penumbra y entró en el apartamento en penumbra. Paredes desnudas, amarillas, mobiliario de pino de piso de alquiler, un salón enorme donde se detuvo y se quedó completamente quieta como otro mueble más. No se oía nada. Solo el suave ronroneo del microondas encendido en la cocina americana, su luz naranja y cuadrada sobre el suelo de terrazo del salón. Michela se llevó la mano a la pistola en la cintura y se deslizó por la casa como la sombra de la sombra de un fantasma. Se dirigió al dormitorio. Entraba algo de claridad por la ventana. No había nadie ahí, la cama estaba hecha, las cuatro cosas de los dormitorios en su sitio. En el cuarto de baño: nadie, nada. Ni el goteo de un grifo. Volvió al salón. Abrió los armarios. Había unas cuantas cajas de Amazon, vacías, un par de chancas. Giró la cabeza a un lado y a otro, muy lentamen-



te. Le dolía la mano de apretar la pistola. Respiró con fuerza. Lo único que había en marcha era el microondas. Seguía dando vueltas. Ese siseo condensado y algo lejano siempre. Se acercó a mirar. Había algo dentro. No reconoció lo que era hasta que el plato dio otra vuelta y se presentó de frente: dos manos. Dos manos, una sobre otra sin anillo, como en las poses de los retratos renacentistas, completamente quemadas, girando despacio en el pequeño escenario circular. Negras. Eran manos de mujer.

El cuerpo de la mujer no apareció nunca, ni en Benidorm ni en ninguna parte. Tampoco el dueño del apartamento. Pasados unos meses sin que nadie diera parte sobre el tema, Michela acabó mudándose y quedándose a vivir ahí. Es un piso silencioso y casi escondido al final del pasillo de la duodécima planta del edificio al lado del Hotel Lido, el de las enredaderas.

Martin la está esperando sentado en la barra que hace de mesa de cocina. Martin no tiene ni idea de lo de las manos, como no tiene ni idea de muchas otras cosas de Michela.

—Se te han secado las plantas —dice Martin.

—Son así. ¿Y eso? —dice señalando una caja junto a la entrada—. ¿Me traes un regalo?

—Lo han traído hace un rato.

—Quién.

—No sé. Uno. Con casco.

—No abras la puerta. No abras nunca la puerta de esta casa. Y mucho menos si no estoy yo.

—Pero si tú nunca estás.

Michela se dirige a la cocina, abre la nevera, saca un tupper con arroz chino. La nevera está donde antes se encontraba el microondas. Tiene muchos tupper en la nevera, unos encima de otros como muestras de laboratorio forense.

—¿Qué es eso de una fiesta?

—Es una fiesta que van a dar unos rusos para inaugurar la casa grande que han comprado.

—La casa de Terra Mítica.

—Esa. Ahora están buscando un grupo de música.

—¿De dónde salen?

—Son siete hermanos, creo que viene el clan entero en un avión que tienen para ellos solos. Los hermanos Kaminski. Cada uno tiene también siete hijos, parece una broma pero no lo es, y todos son iguales, una centuria rusa. Además se visten muy parecido, para despistar. No sé yo cómo va a ser la cosa cuando se vengán aquí, si es que se mudan todos, aunque seguramente lo hagan porque han comprado la villa entera con sus cincuenta habitaciones y ya hablan español. Los hijos ya hablan español, el idioma del futuro. Aunque son tantos que podrían inventarse un idioma nuevo, llevárselo ahí donde caigan, como hacen todos los rusos.

—¿Has bebido?

—Lo que más me gusta de los Kaminski es lo bien que lo han hecho todo. No he bebido. Te estaba tomando el pelo. Son tres hermanos nada más. El padre empezó con una empresa de alarmas de seguridad, pequeña, un poco de segunda. No iba bien, más que nada porque en la ciudad donde vivían no hay casi robos en las casas, era un poco como una zona de las afueras, El Saler y Valencia, por ejemplo, y no pasaba nada porque era sitio de vacaciones y la mitad de las casas estaban vacías durante el invierno. Al padre Kaminski se le ocurrió poner a los hijos a asaltar las casas, algo de entrar y salir y ya está, romper una ventana y llevarse lo que fuera, cualquier tontería, solo para que los vecinos se animaran a poner alarma. Y se animaron. Funcionó muy bien, ahora solo hacen las alarmas, se inventaron

un sistema nuevo y han hecho una fortuna y ahora quieren venir a gastársela aquí. A mí me parece fenomenal, tienen muchas ganas de sol. Los rusos muermos se parecen todos pero los rusos alegres se divierten cada uno a su manera. Y no he bebido pero me apetece. ¿Quieres algo?

—Lo que quiero es irme pronto a casa, mañana nos vamos a Barcelona al concierto de los Eels y vamos a salir temprano.

—¿Esos no son los de tu camiseta?

Martin lleva siempre esa camiseta amarilla con la cara de Mr. E.

—Esos.

—Van a tocar en Valencia, lo he visto en los carteles.

—Ya, pero yo quiero ir a Barcelona.

El grupo de Martin son cuatro. Cuatro veinteañeros guapos que lo hacen ni bien ni mal, pero con mucha fuerza. El grupo de Martin se llama Foned Cox, como el boxeador, porque hay uno de ellos que lee fanzines y cómics valencianos, los mejores de España. Los findes tocan en la azotea de un hotel en quinta línea de playa, o en El Cisne, y si tienen suerte los llaman para fiestas particulares. Alguna vez pillan un bolo fuera de Benidorm, bodas en Albacete. Tienen su podcast y quieren sacar un disco, pero lo cierto es que no sacan ni cuatro cuartos. A veces se juntan con unos grafiteiros que intervienen fachadas y hacen mensajes antisistema en las paredes de Benidorm. Como si esto fuera Europa. Cuando Michela oye palabras como «antisistema» o «intervención», se pone mala. Tienen muchas ideas, que puede ser como no tener ninguna. Tocar en una fiesta de las grandes, en un concurso de la tele, de teloneros en alguno de los mil festivales de verano. Eso quieren. Tocar para los rusos.

—Conocen a quien hay que conocer —dice Michela—. Allí en Rusia. Te voy a poner un negroni.

—No.

—Pues una cerveza.

—¿Pero cuánta gente va a ir a la fiesta? ¿Qué día es?

—El sábado que viene. —Michela va al mueble bar, se prepara lo suyo y saca una lata de cerveza. Coloca la lata delante de Martin—. Te voy a pedir un favor. Bueno, no. No es un favor.

Martin la mira.

—No me interesa.

—Y tú qué sabes.

—Lo que sé es que te conozco.

Michela da un trago a su negroni. Se mete un hielo en la boca. Lo saborea bien y luego lo escupe despacio en el vaso.

—No es más que llevarte un mechero.

—¿Un mechero?

—El mechero de Reggie Kray.

—El mechero de Reggie Kray. ¿Todavía sigues con eso?

Reggie Kray. Los gemelos Ronnie y Reggie Kray, los Kray Twins, The Firm. Los más temidos y oscuramente envidiados y admirados representantes del crimen organizado del este de Londres durante los años cincuenta y en el Swinging London de los sesenta, leyendas del pop y asesinos feroces. Amenazas, extorsión, incendios provocados, robos y sobornos, asesinatos con público incluido, siempre con ese swing, zapatos de puntera fina, gafas de pasta, cigarrillo. Callejeaban por los pubs del East Side con ese estilazo a lo Michael Caine: chaqueta ajustada, corbata estrecha, sello de oro en el meñique, caminando despacio, con ese cuidado de los cuerpos grandes cuando llevan ropa cara, como con miedo a romperla, antes de acabar con sus corpachones de boxeador en las prisiones más sórdidas, de Shepton Mallet a la Torre de Londres, por el asesinato de un miembro de una banda rival.



—¿No es increíble? —sonríe Michela—. Después de tanto tiempo. El ruso compró el mechero en una subasta hace dos años. Le he estado siguiendo el rastro desde entonces y ahora va a estar aquí, aquí en Benidorm, en la fiesta.

—Por qué no se lo pides a Oliver o al alemán.

—Porque son unos cretinos.

—A ti todo el mundo te parece un cretino.

—Todo el mundo menos tú.

Martin se bebe la cerveza de un solo trago y da una palmada en el aire, como poniendo fin a una conversación que ha tenido solo consigo mismo.

—Te crees que soy gilipollas o qué. Si no se lo pides a Oliver es que es más chungo todo de lo que me estás contando.

—Va a ser tan fácil como lo de las alemanas del aeropuerto.

—Tengo cosas mejores que hacer.

—Estás perdiendo la oportunidad de tu vida.

Martin se dirige a la puerta del piso.

—Has cerrado con llave —dice con la mano en el pomo.

—Y me la he tragado después.

—Abre la puerta.

—No has entendido nada.

—Sí te he entendido perfectamente, me da igual no tocar.

Martin cruza el salón y abre la ventana de la terraza. El apartamento es el último de toda la planta y apenas hay un metro entre la terraza donde Michela tiene una bicicleta estática que no usa y una barbacoa que tampoco y la escalera de incendios. Abajo hay una piscina donde hace un par de veranos un chico se mató tirándose al agua desde el balcón de un tercer piso y un familiar ha atado un ramo de flores de plástico a una farola.

—Qué dramático eres —dice Michela. Pero no se levanta de la barra. Detrás de ella hay un cartel de *Alfie*, una peli que vio mil veces cuando vivía con su padre.

—Abre la puerta.

—Pero cuándo has tocado para mil personas, tú.

—Ya lo haré.

—Me aburres. Solo sería quitarle el mechero, lo lleva siempre encima, le da buena suerte, se lo he visto en mil fotos. No te llevaría ni un minuto.

—Dame las llaves.

—No me estás escuchando. Estás diciendo que no solo por decir que no. Es un argumento barato. Es un argumento de perdedor.

—Dame las llaves, te digo.

Michela se encoge de hombros. Le arroja las llaves de la puerta.

—Tú a mí me aburres más.

Benidorm, la ciudad que nunca duerme, la ciudad con todos los husos horarios a la vez, la ciudad de los bares abiertos hasta pasado mañana. El horario de apertura del Casino Mediterráneo da igual porque el sitio no tiene ventanas ni vistas al exterior, como ningún casino, para que no te hagas nunca a la idea de si es de día o de noche o qué. El casino está en la esquina del Rincón de Loix, es de vidrio azul noche y luce una enorme palmera de neón en la fachada de la avenida, un caminito donde suelen reunirse los habituales que rondan los aparcamientos de los casinos: viejos prestamistas, recaderos sin ninguna prisa, novias con ojeras más oscuras y profundas y terroríficas que su segura y próxima ruina.

El Potro está sentado en una moto que no es suya pero lo parece. El Potro aparenta veinte años menos de los cincuenta que tiene. El Potro se dedica a empeñar los Rolex y los BMW y los anillos de compromiso de esos jugadores que salen a las tres de la madrugada, la jeta color verde pálido, malos, con cuarenta de fiebre después de haberlo perdido todo pero con ganas de perder aún más, y ahí se encuentran siempre al Potro, dispuesto a atenderlos. El Potro está oyendo música y liándose un piti.

—Cuánto tiempo, Michela.

—Quítate los cascos.

—¿Qué dices?

Michela le quita los cascos con la mano.

—Digo que las canciones son todas diferentes pero el silencio es siempre igual.

—Y a mí qué me cuentas, tía.

—¿Has visto a este por aquí?

Michela saca su móvil y le enseña una foto de Kaminski. Ha sido Vilches, en uno de esos raros momentos de productividad y lucidez tan característicos suyos, unos momentos tan escasos y brillantes que le resuelven un mes de papeleo de mesa en cinco minutos, quien le ha pasado el dato de que a Kaminski le van el póquer y la ruleta, las apuestas, esas cosas. Como a todos los rusos. Después se ha vuelto a dormir sobre la mesa de la comisaría. Vilches es uno de esos polis que entraron en el cuerpo con una fe absoluta en la ley y en el orden. Primero perdió la fe en la ley, luego perdió la fe en el orden y después pasó directamente a los IMAO de tercera generación. A veces, una tarde o dos por semana, cuando se despierta de siestas de cuatro horas, aparece por la comisaría. El resto, no.

El Potro coge el móvil de Michela. Se queda mirando la foto unos segundos.

—No, guapa.

—¿Seguro? Mira otra vez.

El Potro dice que no con la cabeza. Michela se fía de él, se conocen, tuvieron un rollo hace años que ninguno de los dos recuerda. Es bueno, eso.

—Está bien —dice Michela—. Avísame si lo ves.

—¿Ya te vas? ¿No quieres tomarte algo luego?

—No tengo tiempo.

—Pues vete a matar viejas.

Michela se dirige a la avenida; es verdad que no tiene tiempo, pero siempre tiene ganas.

—¡Dile a Kyle que le debo una ronda! —le grita el Potro.

Michela se para en seco.

—¿Mi padre está en Benidorm?

—Hace un mes, ¿no? Más o menos. Tú sabrás.

—Ya.

—Llámallo y dile que nos vemos mañana.

Michela asiente. Cruza la avenida con la vista clavada en el paso de cebra, que de pronto le parece unas escaleras en las que podría tropezarse en cualquier momento. Su padre está en Benidorm. Lo llamaría si supiera su teléfono, que él nunca le dio.